

Los años grises¹

Para Jesús Díaz

Eliseo Alberto

*Aquí estoy, oh! tierra mía,
en tus calles empedradas,
donde de niño en bandadas
con otros niños corría.
Puñal de melancolía
este que me va a matar,
pues si alcancé a regresar
me siento desde que vine
como en la sala de un cine
viendo mi vida pasar*

NICOLÁS GUILLÉN

CITO DE MEMORIA. EN ALGÚN CUENTO DE HORACIO QUIROGA un personaje muerto de miedo, pero al mismo tiempo decidido a morir con dignidad, le grita al poderoso capataz de la hacienda: que no te obedezca no quiere decir que te traicione. Podría afirmarse lo mismo, al revés: que te obedezca no quiere decir que te sea leal.

Hoy me escudo tras el pecho amplio de Quiroga para decir que el miedo puede explicar buena parte de lo sucedido en mi país. Durante demasiados años aceptamos con inocencia digna de mejor causa los trucos de no pocos lobos disfrazados de corderos: tienes razón Fulano, pero no es el momento oportuno; tienes razón Esperancejo, ¿pero no le estaremos haciendo el juego al enemigo? Y Esperancejo, Mengano y este Fulano que les habla pospusieron la defensa de su pequeña verdad, quién quita si equivocada, en espera de tiempos mejores. Hasta que un día aprendimos que en boca cerrada no entran moscas, y el miedo nos secó la lengua, y ya no supimos dónde diablos estaba el enemigo, ni cuáles podían ser las tribunas propicias y, en consecuencia, el momento oportuno jamás llegó, o vino tan tarde que entonces habíamos olvi-

¹ Capítulo del libro inédito *Informe contra mí mismo*.

dado lo que íbamos a decir a nuestros compañeros. De tanto callar, tanto silencio casi nos deja mudos. Que levante la mano el que no bajó la cabeza ante aquellos astutos argumentos, que tire la primera piedra quien no se puso el tapabocas en las cuerdas vocales, al menos quinientas veces en su vida.

El *Quinquenio Gris*, afortunada frase con la cual mi admirado maestro Ambrosio Fornet enmarcó el período más catastrófico de la política cultural de la revolución cubana, desborda el paréntesis que supuestamente se abre en 1971, con los rencores del Primer Congreso de Educación y Cultura y se cierra, cinco años después, con la ovacionada creación del Ministerio de Cultura; en mi opinión, maestro Fornet, lo gris de esa etapa gris, tan gris como la pelusa gris de una rata gris, comenzó a aparecer desde algunos años antes en los cielos rebeldes del Primer Territorio Libre de América Latina y, blancos más o negros menos, de alguna manera hoy sigue nublando los soles y las lunas de nuestra isla moral, rodeada de sustos por todas partes. Lo que en verdad resultó gris, fue, y es todavía, un estilo de trabajo autoritario y paternalista, una deformidad del pensamiento oficial que lo incapacita para admitir desde la libre circulación de las ideas hasta el legítimo derecho al error. Lejos de lo que pudiera creerse, esa intolerancia política, ayer u hoy, no tiene su origen en el ejercicio prepotente de un poder sin límites, sino en el padecimiento de un virus incurable: el siempre incurable virus de la cobardía. El miedo, para mí que no soy valiente, siempre es gris.

El asesinato de Ernesto Guevara en una escuelita rural de Nancahuazú, la ofensiva revolucionaria de 1968, el fracaso de la zafra de los diez millones y, por supuesto, la guillotina que resultó ser el Primer Congreso de Educación y Cultura representan, digo yo, los cuatro infartos que anunciaron el colapso de la utopía rebelde. En una página de su diario de campaña, el Che dice que con cien hombres a su lado tomaba La Paz. A los que lloramos la noticia de su desaparición nos descorazonó también la lectura de ese reclamo. *Estamos abandonados*, escribe un triste día de mayo de 1967. Cuesta trabajo aceptar el hecho de que sólo un puñado de revolucionarios siguiera a un héroe de su calibre en el calvario de la selva americana. Los campesinos no lo entendieron, y le cerraron las puertas. Los camaradas del Partido comunista boliviano le dieron la espalda, y lo abandonaron a su suerte y a su muerte. Los peritos del Kremlin lo consideraron un quijote sin ventura y se burlaron de sus tesis tercermundistas. Sus amigos de la Sierra Maestra lo perdieron de vista en la cordillera de Los Andes. Por cuidar a un compañero enfermo, y desatender así sus propias lecciones guerrilleras, cayó en una emboscada militar y murió a pecho descubierto, sin manos pero con los ojos iluminados por la llama de su fe; al tercer día resucitó como un quinto beatle en las recámaras de los jóvenes más bizarros de los años sesenta y setenta, entre carteles con la imagen de Ho Chi Min, discos de Bob Dylan, fotos de Tlatelolco y grafitis del mayo francés que gritaban a voz en cuello una consigna que él jamás hubiera aprobado de buena gana: *Hagamos el amor y no la guerra*.

La ofensiva revolucionaria de marzo de 1968, por su parte, puso freno a un orden de vida republicano que seguía corriendo en Cuba por pura inercia desde 1959, en un angustioso paralelismo con una propuesta de economía planificada que no era compatible con el comercio privado, la iniciativa individual y la libre

empresa. Cincuenta y ocho mil doce retablos de zapateros remendones, relojerías minúsculas, viejas imprentas con linotipos de pedal, puestos de fritangas, barberías de barrio y hasta hornos de carbón fueron clausurados o intervenidos por asalto veinticuatro horas después de que Fidel los calificara de lastres de la sociedad capitalista. El estado se arrogó el compromiso absoluto de la producción y distribución de los bienes de consumo, gigantesca tarea que no estaba en condiciones de asumir con eficiencia. El mediano empresario y el pequeño negociante quedaron fuera de los planes quinquenales, acusados de sanguijuelas y explotadores del hombre, y muchos de ellos se retiraron a España, Miami o Venezuela, en exilio tardío, con los bolsillos rotos y la eterna mortificación de haber perdido toda una vida de trabajo. Ni las gracias les dieron.

La zafra de 1970, que prometía una cifra récord de diez millones de toneladas de azúcar, demandó un esfuerzo descomunal de las reservas productivas y acabó comprometiendo, según Fidel, el honor de los cubanos. Las ciudades se empapelaron con una consigna espinosa: *Palabra de cubano: de que van van*. Los zapadores de la Brigada Invasora Che Guevara volaron por los aires ceibas de santería y palmares centenarios, arrancados de raíz por las cargas de la dinamita, al tiempo que se desmontaban las mejores tierras para dedicarlas a la siembra de prometedoras variedades de caña. Se declaró *el año más largo de la historia*, pues debía terminar en julio del 70 y no en diciembre del 69, y se cancelaron por decreto las fiestas de Noche Buena. La medida se explicó con un argumento transitorio: asegurar la movilización y permanencia en los cortes de los más de trescientos mil macheteros que, para esas fechas de familia, estaban lejos de los suyos, acampados al pie de los cañaverales. La negativa ha durado veinte largas, muy largas, navidades, sin otra justificación que no sea la necesidad. Entre vítores y aclamaciones, se alzaron voces autorizadas en la materia que advirtieron a tiempo la imposibilidad de lograr el éxito en una epopeya de semejantes proporciones, pero no fueron admitidas en el coro de mandarines que repicaban campanas de triunfo desde los miradores de la prensa, la radio y la televisión. La zafra se malogró en trescientas cuarenta y cuatro jornadas. En dramático discurso, Fidel tuvo que reconocer que no se alcanzaría la cosecha prometida. En un rapto de sinceridad, echó el peso muerto de la culpa sobre los dirigentes del Partido y del gobierno, hasta el clímax de atreverse a proponer, en desagravio, su propio retiro político. Otra consigna confusa empapeló las ciudades: *Convertir el revés en victoria*. Como consuelo de tamaña desilusión se organizaron bailables por municipios y se permitieron carnavales sin desfiles de disfraces ni reinas de belleza. En el muro del malecón, los recién llegados macheteros celebraron con cubos de cerveza y empanadas rellenas de carne rusa el fin de un sueño que nos hubiera costado carísimo: el de colocar sobre el pedestal de la gloria un estilo de trabajo basado en la improvisación de unos, el triunfalismo de otros y los caprichos de pocos. En el verano de 1970 se puso de moda un montuno que repetía con criollísimo doble sentido *El perico está llorando*. La cantaleta duró menos que un merengue en la puerta de un colegio, y fue prohibida porque podía prestarse a gusanas interpretaciones: sea quien fuese el tal perico, los machos, los revolucionarios, no lloran.

Un año después, el Congreso de Educación y Cultura llenó el país de ratas y alimañas. Comenzaba el *Quinquenio Gris*. ¿Comenzaba? Haré lo humanamente posible para que la cólera no rija mis recuerdos y me haga calificar con palabras demasiado crudas a los promotores de aquel auténtico patíbulo de la cultura nacional. No sé si pueda. Verdugos a sueldo de incapaces y tenientes alcoholizados por los licores de la envidia se atrevieron a humillar a prestigiosos intelectuales y artistas, sin distinción de origen ni de nacionalidad, y convirtieron nuestros teatros, galerías y editoriales en letrinas donde ellos, y sólo ellos, nadaban a gusto como renacuajos en un mar de babas. Por viles negaron a José Lezama Lima y por viles acorralaron a Virgilio Piñera, que no estaban *fuera del juego* sino en el centro mismo de la literatura universal. Por impotentes, herniados de intolerancia, persiguieron a los escritores que habían tenido la valentía crítica, y por tanto amorosa, de publicar libros de pelo en pecho sobre el combate de Playa Girón o la lucha contra bandidos en el Escambray. Por débiles de espíritu acosaron a los homosexuales (que se negaron a ser sus amantes porque eran mucho más hombres y mujeres que ellos), los dejaron sin trabajo y los desdeñaron ante sus vecinos. Todavía en 1990 varios de esos funcionarios-gusarapos andaban coleando por oficinas de la administración pública, venidos a menos, requisados a media, pero pavoneándose de sus canalladas de antaño, y no faltó alguna que otra cucaracha que los aplaudiera.

Lo siento. No puedo olvidar a mis amigos.

A mis amigos que después del Congreso de Educación y Cultura se supieron marcados por la cruz de la intolerancia, porque se arriesgaron a discutir textos marxistas que denunciaban los crímenes de José Stalin y cuestionaban la validez del centralismo democrático, la dudosa representatividad de las mayorías sociales y las razones de fondo del unipartidismo, tres o cuatro de los diez mil quinientos cuarenta y cinco mandamientos en la tabla de Moisés del marxismo-leninismo, según los teóricos del Partido.

Tampoco puedo olvidar a los revolucionarios consecuentes que también se jugaron la vida por una Cuba mejor, en lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, y que luego fueron perseguidos porque se atrevieron a cuestionar los métodos y estilos de trabajo de algún viejo compañero de armas, ahora poderoso. En las cíclicas campañas contra el llamado *diversionismo ideológico*, fueron tildados de hipercríticos, autosuficientes, enemigos del pueblo, traidores, apátridas, neo-anexionistas, libertinos, gusanos y agentes de la CIA, por lo cual les endosaron a sus cuentas personales el pago de varios, muchos, demasiados años en prisión, sin atenuantes de créditos anteriores. Acabaron siendo borrados de la historia: de las fotos y de los libros. Jamás existieron.

¿Dónde están mis amigos actores y actrices, bailarines y bailarinas, poetas y poetisas, pintores y pintoras, alumnos de las escuelas de arte a quienes oficiales o colaboradores del Ministerio del Interior les tendieron trampas eróticas en cines, en baños públicos y en dormitorios de becas para que cayeran como palomas en tentaciones sodomitas, y así poderlos abochornar ante una vanguardia que se obligaba a ser pura –a pesar de que funcionarios de reconocido nivel se revolcaban como cerdos en sus lupanares particulares? ¿Dónde están?

¿Qué fue de los rehenes de la llamada Ley de Peligrosidad? Todavía a finales de los años setenta, amigos o conocidos míos fueron separados de sus casas dos, tres, cuatro, cinco años, únicamente porque se habían atrevido a conversar con un visitante extranjero, o aceptaron un regalo sin factura, y por tanto podían considerarse delincuentes en un futuro más o menos cercano. Y ya que el futuro pertenecía por entero al socialismo resultaba conveniente enjearlos en cuarentena, como sabuesos rabiosos en la perrera nacional. Declarados en rebeldía, olvidados por una sociedad que en buena medida se negaba a creer, por principio, en lo que el enemigo denunciaba, esos hombres y mujeres protagonizaron un drama que aún está por escribirse, en nombre ahora de la salvación del país que también estuvo en guerra contra sí mismo durante demasiado tiempo. No seré yo quien niegue estas verdades que tanto dolor han causado al país donde nací, al pueblo donde aún vivo y a la isla que mi hija habrá de heredar mañana, una isla más sola, triste y maltratada que nunca antes en quinientos años de soledades, tristezas y maltratos.

En estos años difíciles, a veces invivibles, todos los de mi vida menos siete, he tenido el privilegio de conocer de cerca a hombres y mujeres que nunca pidieron nada para ellos, ni en tiempos de bonanza ni en épocas de breves y de vicisitudes, hombres y mujeres siervos de sus corazones, lo mismo hijos de pobres que de ricos, mecánicos y campesinos unos, soldados y poetas otros, amigos que me acompañarán siempre, para quienes la causa de la justicia social se convirtió en la única razón de existencia. Gracias a ellos descubrí, no sin asombro, que nuestra capacidad de sacrificio no tenía límites y que para vivir con decoro un pueblo digno podía renunciar a los lujos y a las porquerías de la vida. Ellos consuelan desilusiones y sufrimientos. Ellos me enseñaron a perder. Ellos van conmigo a todas partes: los llevo en el hueco de mi mano como un poco de agua limpia, y me lavan la cara cuando lloro y me calman las penas y la sed. Por algo el corazón está a la izquierda.

Es cierto. La campaña de alfabetización, el surgimiento de las escuelas de arte, el auge de la industria editorial, el vigor del cine cubano y la dignificación del trabajo artístico crearon el ambiente mejor que reclamaba un viejo sonero oriental para decir sus boleros. El hecho de que muchos de los burócratas de la cultura y ciertos jefes ideológicos del partido hayan sido unos incapaces no significa que los intelectuales cubanos se rindieran ante la incapacidad. Desde mediados de la década del sesenta la narrativa cubana había logrado establecer sus cuatro puntos cardinales: al norte, *Paradiso*, de Lezama, *la gran catedral*; al este, *Condenados de Condado*, de Norberto Fuentes, *el gran cuartel*; al sur, *Celestino antes del alba*, de Reynaldo Arenas, *el gran bohío*; y al oeste *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, *el gran cabaret*. Catedral, cuartel, bohío y cabaret marcarían los rumbos temáticos de nuestra literatura, como ejes rectores de una rosa náutica donde sobresalían otros títulos, entre ellos *Los años duros*, de Jesús Díaz, *Pasión de Urbino*, de Lisandro Otero, *El cimarrón*, de Miguel Barnet, *Adire o el tiempo roto*, de Manuel Granados, *Tute de Reyes*, de Antonio Benítez Rojo, *La guerra tuvo seis nombres*, de Eduardo Heras León, *La vida en dos*, de Luis Agüero, *El sol, ese enemigo*, de José Lorenzo Fuentes y, claro, las obras completas de Onelio Jorge Cardoso y de Alejo Carpentier.

El conflicto, sin embargo, ardía en las altas esferas políticas. La cultura cubana se vio sometida a una doble subordinación, por obra y gracia de una desesperante estrategia ideológica que a duras penas se soportaba sobre la economía de



El fumador. Luis Cabrera

una isla al garete. Existía una subordinación natural, histórica, a la cultura hispanoamericana, defendida por unos pocos dirigentes que estaban al frente de organismos de importancia, al menos para la capital: Haydeé Santamaría en la *Casa de las Américas*, Alfredo Guevara en el *Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos*, la intocable Alicia Alonso en el *Ballet Nacional* y la patriota María Teresa Freyre de Andrade en la *Biblioteca José Martí*.

El Partido, a cuenta y riesgo, impuso a artistas y espectadores una nueva subordinación: Cuba no sólo era parte de América Latina sino, además, del campo socialista. La cabeza visible de esta línea dura fue Antonio (Tony) Pérez Herrero, un fiel comandante de Raúl Castro en el Segundo Frente Oriental *Frank País*, quien desde la se-

cretaría ideológica del Comité Central del PCC se las ingenió para aunar en un mismo saco a funcionarios de probada incultura —como adrede. Muchos de ellos eran egresados de escuelas militares o partidistas en la Unión Soviética, donde habían aprendido el valor de la intolerancia, y recomendaron a la jefatura algo muy parecido a una castración quirúrgica del pensamiento contemporáneo. Pronto se subieron a ese carro rojo viejos politiqueros, siempre acechando por la espalda, capacitados conspiradores en los tejemanejes de la intriga y la censura

que vinieron a echarle más leña al fuego de la incomprensión. El poder de este grupo no tenía límites. Con mañas y trampas de mano izquierda, llegaron a controlar los órganos de prensa escrita, radial y televisiva, los aparatos propagandísticos de todos los ministerios, instituciones y organizaciones de masa, el sistema nacional de educación, incluidas las universidades y las escuelas de artes, la Unión de Escritores y Artistas, los centros de investigación, los puestos diplomáticos y el nefasto Consejo Nacional de Cultura. Detrás de bambalinas se escondían los ideólogos de las Fuerzas Armadas y del Ministerio del Interior, verdaderos estrategas en este polígono de ideas que más parecía un campo de tiro al blanco que un campo de batalla, pues ellos controlaban las alturas claves del combate. El pueblo no debía, no podía, saber más de los estrictamente imprescindibles. El concepto de verdad fue manipulado, con el pretexto de que sólo así se preservaban las conquistas de la revolución. La hierba mala de la mentira invadió los prados de la inteligencia. Si nuestra economía, y con ella su superestructura intelectual, estaba encadenada a las ceremonias de Europa Oriental hasta el fin de los días, tenía lógica poner el parche antes de que saliera el hueco y acostumbrarnos lo antes posible a las nuevas circunstancias. Moscú significaba el ombligo del mundo. El cielo prometido. La nueva Meca. Casi Nueva York.

Lo que vino a poner punto y aparte al pleito fue, sin duda, la desaparición en bloque de la comunidad socialista, cuando la invencible Unión Soviética desapareció del mapa y no hubo ni un solo bolchevique ni un solo comunista ni un solo camarada ni un solo veterano de la gran guerra patria ni un solo héroe del trabajo ni un solo diplomático ni un solo koljosiano ni un solo estudiante ni un solo general de mil estrellas ni un solo genio del ajedrez ni un solo albañil del proletariado ni un solo francotirador ni un solo guardián de la siberia ni un solo almirante de la armada ni un solo campeón olímpico ni un solo científico ni un solo artista emérito del pueblo ni un solo comisario ni un solo catedrático ni un solo konsomol ni un solo miliciano ni un solo cosmonauta ni un solo leninista ni un solo espía de la kagebé ni un solo guardia rojo ¡ni un solo loco! que defendiera con una hoz o con un martillo las conquistas de la revolución de octubre.

La tarde más gris de la izquierda continental, el sol se puso en una montaña lejana. El tiro de gracia nos lo dieron a todos en la frente de Roque Dalton cuando un tribunal de comandantes guerrilleros, hijos de sus putas madres, lo sentenció a morir ante un pelotón de fusilamiento integrado por muchachos que, como no sabían leer, se habían aprendido sus versos de memoria. El cuerpo delgadito del gran poeta salvadoreño fue sepultado en un rincón de la selva, bajo dos pulgadas de tierra húmeda. Sus asesinos reconocen ahora que fue un error. Que no hubo tiempo para hundirlo más en el planeta. Que por esos días llovió mucho y que las aguas se llevaron a flote su cadáver. Que se lo comieron las fieras. O tal vez las hormigas. Que qué le vamos a hacer. Que lo sienten mucho. Pobres comandantes que no murieron en campaña porque el fantasma travieso de Roque Dalton les hará la vida imposible, hasta que se sequen de viejos, despreciados por sus hijos. Como dijo mi padre de los que mataron a Federico García Lorca: Dios los perdone, yo no puedo.

La historia es una gata que se defiende bocarriba. Impotentes como indivi-

duos ante un destino nacional con pretensiones y quimeras universales, minimizados en medio del zoológico más grande del mundo, el parlamento más democrático del mundo, el sistema jurídico más justo del mundo, la potencia médica más potente del mundo; perdidos en las praderas donde pastan las vacas más ton-tonas del mundo, sorprendidos ante los cañaverales más dulces del mundo, los platanales más bananeros del mundo y la fábrica de sellos, distintivos y medallas más grande del mundo, enamorados de las putas más vacunadas y cultas del mundo, perseguidos por la policía más buena gente del mundo y protegidos, además, bajo el ala espléndida del líder político más corajudo del mundo, los cubanos aprendimos a convivir con un pánico diferente a todos los sustos hasta entonces conocidos, un terror casi valiente, habilidoso, un miedo que me da miedo precisar, y esa experiencia, curiosamente, nos hizo los cobardes más osados del mundo. Así aprendimos a desconfiar de las cuatro descascaradas paredes de nuestra casa, porque en ellas podían esconderse las orejas alemanas y democráticas de algún micrófono invisible. Aprendimos a celebrar las navidades con almejas rumanas y las ventanas cerradas, y escuchando canciones de Silvio y de Pablo en lugar de villancicos, para despistar al Comité. Aprendimos a decir sí mientras pensábamos que no. Aprendimos a fingir con audacia, a dar con decisión el paso al frente, a disimular con gran sangre fría, a levantar la mano cada vez que solicitaron nuestra decisión para participar en alguna tarea de la patria, porque luego encontraríamos a tiempo la excusa para no cumplir lo prometido, aprendimos en fin a dudar de nuestra propia sombra, hasta el punto de que ahora mismo, cuando leo ante ustedes mis notas, pienso quién de los presentes escribirá esta noche el informe de mi suicidio político, quién está grabando en su mente mis amargas verdades, quién va a clavarme un puñal sin piedad y, y lo que es peor, sin rencor, sólo en cumplimiento de su más elemental deber como revolucionario. Por lo pronto no se alarme nadie si este texto asume a ratos un tono de frío documento leguleyo: he decidido redactar de puño y letra mi propio informe contra mí mismo, para que al menos me condenen por lo que pienso y no por lo que opinan mis amados verdugos de mi melancolía, y desde este miedo tenaz que me hace decir: que no te obedezca no quiere decir que te traicione.

A la vida no hay Dios que la pare. La soberbia suele ser mala consejera. La humildad también.

Yo estuve en el lugar que me tocó, a talón pegado. Soy testigo de aquellas razones de la pasión. Como en la sala de un cine veo pasar a mis contemporáneos: van hermosos mis novias y mis amigos, a ratos marchando, milicianos, a ratos llorando, confundidos, a ratos muertos de risa, o simplemente muertos. Absurdamente muertos, arrebatados de nuestros brazos en algún giro del baile, eternamente jóvenes y salvados del desencanto, hasta el fin de mis días. Los querré siempre. Los extrañaré siempre. Los defenderé siempre. La revoluciones no pueden ni deben ser eternas, porque acaban acorralándose en su rediles, enemigas de la misma criatura que ayer les dio la razón y que hoy termina por negárselas: sus hijos. O los hijos de sus hijos. O sus hijos. Me duelen mis palabras. A mi generación le tocó perder. Perderse tratando de hallarse, en lucha con la conciencia, a veces sin explicarnos muchas cosas, a veces sin atrevernos a pedir muchas ex-

plicaciones. La fe absoluta, la confianza sin límites y el consuelo de una esperanza futura pueden ser, ahora que lo pienso, tres excusas sutiles del miedo. Perdimos y nos perdimos. Reconocerlo es el primer paso para reencontrarnos de nuevo, unos años adelante, en la casa de nuestros padres que será la de sus nietos porque a nosotros no nos dejaron edificar las nuestras —que serían las suyas. Bien lo dijo quien lo dijo: nadie regresa, siempre se va. Se va de La Habana a Miami, se va de Miami a La Habana. El regreso es un movimiento física y humanamente imposible. La historia y la política tampoco vuelven las hojas.

La vida siempre tiene veinte años.

Los cubanos, quizás, no tenemos escapatoria, pero si salvación. Por mucho que se corra, el que corra con más suerte llegará si puede al punto de partida. El círculo de la isla se cierra sólo para abrirse de nuevo. Somos los mismos en La Habana, en Miami o en Moscú: he ahí nuestra libertad y nuestra cadena. En Cuba el pasado nunca acaba de pasar; nos precede, nos atrapa y nos proyecta. Mi padre siempre lo dijo: tapen bien los espejos que la muerte presume. Nacer en esta isla es, en verdad, una fiesta innombrable, querido José Lezama Lima. *Sombras que sólo yo veo, me escoltan mis dos abuelos*, escribió Nicolás Guillén. Nuestros santos difuntos dialogan, discuten, pelean, conspiran, aunque los entierren bajo cruces sin nombres o se ahoguen en el mar que nos encierra y nos define. Los fantasmas traen el vino a la mesa, donde hay una silla reservada para los ausentes. Las abuelas, mi abuela, tu abuela, siguen tosiendo en los retratos. Mi padre siempre lo dijo: guarden el pan para que haya con qué alumbrar la casa. Mi padre, que en paz descanse. Puñales de melancolía esos que nos pueden volver a matar cuando alcancemos a regresar a las calles empedradas de nuestra historia. Algún día tendrá que suceder, y Dios quiera que sea sin odios ni rencores: los cubanos nos sentaremos a repasar esta segunda mitad del siglo XX, a revivir las noches sin nosotros del exilio, las noches sin ustedes de la isla, a encarar los hechos y a sus hombres con la martiana serenidad de la justicia. Nos volveremos a emocionar, claro que sí. Lo merecemos. Yo, confieso, sólo recordaré con cierta amargura a un joven que abandoné a su suerte hace muchos años en una trinchera despiadada: yo mismo. A pesar de tantísimos pesares, y en nombre de tantísimas alegrías, me niego a pensar que durante esa descarga de recuentos dulces y amargos alguien diga, yo diga, cualquiera de nosotros se atreva a decir, Que se vayan, que se vayan, que se vayan, o Dentro de la Revolución nada, contra la revolución todo, o Esta casa es mía, Fidel: ¡ésta es mi casa!, o El pecado original de los intelectuales cubanos es que hicimos la Revolución, o ¡Paredón! ¡Paredón! ¡Paredón!, porque entonces, compañeros y compañeras, escorias y sabandijas, señoras y señores, socios y socias, compadres y comadres, gusanos y gusanas, aceres y moninas, damas y caballeros, lectores y lectoras, amigas y amigos míos, entonces tendremos que desclavar de nuevo las tablas de los roperos, y sujetarlas de algún modo a los bastidores de la cama, y una noche propicia, bajo el spot de la luna, nos veremos balseando en un mar de tiburones cebados por las carnadas de miles de náufragos hermanos, con la desesperada esperanza de llegar cuanto antes a la única tierra que parece prometida para los cubanos: irnos, todos, a casa del carajo. O lo que es lo mismo: a la mierda.